

LA TARDE

AÑO XIX

DE LORCA

NUM. 5.003

DIARIO FUNDADO EN 1909

DIRECTOR J. LÓPEZ BARNÉS

REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN, LETRA D. BAJO

TELÉFONO NÚMERO 90

JUEVES 11 AGOSTO 1927

MUEBLES

Sebastian Guijarro - FRENTERÍA 30 Y 31 Y REINA 6
TELÉFONO 345 - MURCIA
Grandes existencias :: Nuevos estilos
Interesaver precios y construcciones de esta Casa.

MURCIA

DEL MOMENTO

LA VIDA MODERNA

Ayer leerían ustedes la noticia del sangriento suceso ocurrido en la barriada de Santa Quiteria.

Con tan desagradable asunto, coincidió mi artículo, «La vida de España»... ¿Quién me había de decir, que horas después de escribir esas cuartillas lamentándome de que aquí no pasaba nada, iba a ocurrir algo lamentable. Verdades, que también Lorca es de España, que forma parte, aunque indigna, de esta Arcadia Feliz; y digo indigna, porque aquí no son tan frecuentes los hechos delictivos como en otras poblaciones; por lo tanto, no vamos al unísono con los demás pueblos, ¡qué diantre!

No crean, pues, los maliciosos, que en nuestro natural deseo de llevar al periódico alguna nota de actualidad local, reflejando la parte de vida nacional que corresponde a nuestra ciudad hayamos dado cita por medio de los malos espíritus, al Damián Cuadrado y al Francisco Miras, héroes del acto cultural de ayer mañana, para que se encontraran en los llanos de Santa Quiteria y dieran el civilizador espectáculo que presenciaron los concurrentes al mercado. No, señores, no. Todo ha sido fruto de la casualidad maligna y de la envidiable cultura que debe distinguir a los bravos contendientes que van armados de faca, pistola y navaja barbera—un arsenal a pesar de estar prohibido el uso de tales armas.

Las armas, sólo deben consentirse a los somatenistas, personas todas incapaces de hacer mal uso de ellas, pero no a los demás ciudadanos, que como vemos, por un quitame allá, tienen la pistola en la mano o empuñan la faca, para aumentar los huéspedes del hospital y la cárcel, como ocurrió ayer.

Dicen, que de no intervenir unos soldados, quizás se hubieran rematado a puñaladas o tiros. Se dice, también, que los soldados condujeron al cuartel al Francisco Miras donde fue por él la guardia civil, la de Seguridad y la policía, siendo conducido a la cárcel a disposición del Juzgado.

Conste, pues, que el episodio, es,

CALCETINES

“VARON DANDY” Y “MOLFORT”

Marcas registradas

Elegancia y duración garantizada

Casa Meseguer

sencillamente, uno más o uno de tantos, de los que esmaltan a diario la vida española, según se lee en la gran prensa, y bueno es saber, por aquello de, «mal de muchos...» que no es sólo en Carabanchel, en Vicálvaro, en Almondradejo, en Tortosa, en Zaragoza y hasta en el mismísimo Madrid, sino aquí también, donde ocurren esos encantadores actos de que constantemente da cuenta la prensa de Madrid, y de los que por no ser menos, dábamos nosotros noticias ayer, hombreándonos con los periodistas madrileños. ¡Pues no faltaba más!

Es indudable que progresamos, que nos vamos poniendo al nivel de las grandes ciudades. Nuestra catástrofe de Pulpí, con diez o doce muertos y ocho o diez heridos, hizo eco en toda España, y sino gimieron las prensas, porque éstas ya no se usan, gritaron todos los rotativos, haciendo sonar los nombres de Pulpí, de Aguilas y de Lorca. Aquí, cuando nos toca actuar lo hacemos con tanto empuje que, nuestras catástrofes dejan chiquitas a las que más resonancia hayan tenido por esta bendita España en tiempos anteriores. Y como por ahí suele ocurrir también, se escribe mucho, mucho, se entierran los muertos, se curan los heridos, y hasta otra: ¿qué más se va a pedir?

También ha empezado por acá la moda, de suicidarse arrojándose al paso de los trenes... Eso también viste en los tiempos presentes, da cierta importancia a los pueblos modernos, que avanzan, como los trenes, por la vía de la civilización... ¡Estábamos tan retrasados!

Las gentes tenían el mal gusto o la cursilería, de ahorcarse de un árbol, de una viga del techo; de tirarse por el castillo, de arrojar a un brazal..., métodos anticuados, del tiempo de la Nanita; reveladores de un gran atraso. Pero al fin, el aumento de Escuelas, va, aunque lentamente, trayendo el progreso. Las gentes progresivas, se arrojan al paso de un tren, vehículo de la civilización; toman un auto, penúltima palabra del progreso, y se estrellan, satisfechos, contra un árbol, o se arrojan por un terraplén, o matan al primero que se descuida y tropiezan al paso. De todo eso tenemos ya por aquí. Hemos entrado en la vida moderna. Que aumenten las Escuelas y las Casas de Socorro.—JUAN DEL PUEBLO

La crisis del sentimiento

Si esa crisis del sentimiento de que viene hablando un colega hace días no fuera un tópico veraniego, una especie de gaseosa propia del rigor estival, habría para alarmarse profundamente. Sería dicha crisis la crisis de la civilización.

La inmensa mayoría de las gentes, en efecto, no se hallan intelectualmente civilizadas. Moralmente no lo estamos tampoco todos más que a medias. Con que si el sentimiento no nos salva, ¿a qué santo nos encomendaremos y qué alegaremos en nuestro favor el día del juicio final?

Con su ciencia sólo no crean que van a poder justificarse los sabios si no añaden a ella conciencia

No basta comprender y perdonar. Hay que emocionarse también. Hay que indignarse. Se ha de vibrar con todo el cuerpo, con toda el alma. La inteligencia no es una luz fría, sino una llama caliente, una llama viva y vívida.

Es un deficiente, un mutilado, un gran mutilado quien no posee la sensibilidad educada, desarrollada, todo aquel que no tiene esa delicada fibra o cuerda del sentimiento bien tensa.

A un hombre completo le ha de doler todo: la inteligencia, el corazón, lo que él sufre, lo que sufren los demás.

¿No es por su irritabilidad, por su capacidad de enojo por lo que se mide el civismo de los pueblos?

¿No es el don de lágrimas, la facultad de enternecerse de que están pródigamente dotada la mujer, lo que en primer lugar, lo que más que otra cosa la humaniza a nuestros ojos?

¿Y no es cabalmente el progreso afinamiento de los sentidos, refinamiento de la sensibilidad?

Cuando se habla de emoción liberal nunca entendemos nosotros qué se quiere expresar con esto. Emoción liberal, ¿qué significa? Toda emoción es liberal. Liberalismo es emotividad. Es trémolo nervioso, simpatización cordial, pulso alto, alta temperatura de la sangre y las entrañas.

De la misma manera consideramos nosotros la plenitud y madurez del sentimiento, la llamada «abundancia cordis» como la forma más humana de sazón y virilidad espiritual.

A las elevadas cimas de la perfección moral no es posible remontarse. A la clarividencia absoluta tampoco llega nunca nuestra mente. Es en los dominios del sentimiento en los que podemos indefinidamente extendernos y expansionarnos.

Por la escala del dolor se sube, por otra parte, al conocimiento y a la santidad. Tan verdad como quien añade ciencia añade dolor

es que quien añade dolor añade ciencia.

Y si no, observémoslo en las distintas etapas de nuestra propia evolución.

La niñez es la «indolencia» y la anestesia absolutas. La juventud también es poco porosa, pero permeable a la aprensión; también es mala posada de la angustia. Las penas se estrechan contra su pecho como las olas contra un acantilado.

A medida que avanzamos en edad es cuando nos visita Lázaro y con Lázaro el Señor cuando los achaques se multiplican.

Y no es sólo la carne la lastimada. Nos duelen los ojos, el pensamiento, los nervios, los huesos. Nos escuece y pega gritos el alma lacerada que tenemos en carne viva, convertida en una úlcera, y todo nos la roza, nos hace en las heridas mal.

Pero precisamente la bondad humana finca en esto; precisamente consiste en esto la cultura.

La civilización no son los rasca-cielos, el auto, la radio, el cine, el telégrafo, el teléfono automático, la televisión, la telografía sin hilos, etc.

Civilización es sensibilidad. Civilización es sensibilidad y solidaridad. Pero sin abundar la primera, no es posible prestar la segunda.

ANGEL SAMBLANCAT

CURIOSIDADES

Entierros famosos

Attila, rey de los hunos, murió en Hungría el año 453. Sus soldados, deseando rendir al cadáver todos los homenajes posibles, encontraron en tres ataúdes, uno de oro, otro de plata y el más exterior de plomo, y lo llevaron a un paraje desierto.

Allí varios esclavos recogidos expresamente abrieron la fosa, bajo la dirección de algunos guerreros que juraron no hablar jamás del asunto.

Una vez enterrado el monarca difunto, por temor a que se divulgara dónde estaba el valioso féretro fueron asesinados los esclavos y arrojados también a la fosa.

Cuando el rey godo Alarico murió combatiendo en el Sur de Italia sus tropas practicaron en un río trabajos de canalización, desviaron el curso de la corriente y enterraron en el cauce el cuerpo del rey, juntamente con inmensos tesoros.

Después volvieron a encauzar el río, sin que nada indicase el sitio del enterramiento.

PASATIEMPOS

El tío Fernando

Sería por el año mil ochocientos noventa y tantos cuando el destino me llevó a un pintoresco pueblo escalonado en la cuenca del Segura, y cuyo nombre no hace al caso; con tal motivo travé relaciones con el monterilla, a quien llamaban tío Fernando, hombre ya octogenario, pequeñín, de ojos vivos y penetrantes, muy parlero, y aunque sin letras, letrado; pues bien, este mi protagonista se ufana de relatar lo alcaldado de los tiempos de su mando: y arrogante, con su garrota entre manos me decía: ésta ha sido siempre la voluntad de mi justicia, con ella he resuelto sin ambages mis asuntos diplomáticos, y en este pueblo, durante mi largo mando, no ha habido más rey ni más Roque: pues no hubo guardia civil ni de seguridad y sin embargo, el orden se ha mantenido con suma facilidad; porque en cualquier incidente enristra yo mi palo y aquí no quedaba libre ni un solo bicho viviente. En fin, que a todos hice justicia; no abusé de los tributos, evité los gastos vanos; perseguí a los granujas y amparé al hombre honrado; y así adminítré a mi pueblo, cumpliendo al pie de la letra el lema del principio de mi mando. Por lo que estoy persuadido, que los pueblos, cual los niños, necesitan pan y palos.

Al recordarme ahora este cuento la imaginación, que es el duende de nuestro organismo; tan activa, que por no estar ociosa, a falta de objetos conocidos, inventa otros, me recuerda también aquellos tiempos en que aun conservábamos nuestros restos coloniales, arrebatados inicuamente por el trapicheo yanqui con el testamento del Maine, y que el oro corría por nuestro suelo patrio, desaparecido en mala hora por jugadas bursátiles; cuyos tiempos comparados con los que desde entonces hemos atravesado, llenos de tanta trapacería, lo mismo en la alta que en la baja política, danganas, verdaderamente, de envidiar la época de Fernando.

JOE